

La fenomenología del silencio. Apuntes para una temática por investigar

HILDA BASULTO

Según la definición académica, *silencio* significa “abstención de hablar”. En sentido figurado, es “falta de ruido” —el silencio de los bosques, del claustro, de la noche—, o “efecto de no hablar por escrito” —silencio de los historiadores, de la ley, de alguien que no envía noticias—. En música, es “pausa”.

La palabra deriva del latín *silentium-ii*, que para Cicerón significa “silencio” y para Livio “quietud, ociosidad”. Los *silentes* eran “los muertos, los manes” para Ovidio, y para Virgilio “los lugares solitarios”. En español, *silente* es “silencioso, tranquilo, sosegado”.

El término es sugestivo, musical. Encierra un “no” fonético y un “no” auditivo, llenos de elocuencia. En el hombre, está colmado de pensamiento e intención. En la naturaleza, es un conglomerado de hechos que se manifiestan de un modo muy especial, distinto según quien lo interpreta. En todo momento, es una ausencia significativa.

El silencio es parte importante del lenguaje. Junto con la palabra y la expresión corporal, cumple la misión de proporcionar al hombre las posibilidades más elevadas que le ofrece su condición humana: expresarse y comunicarse. Como *lenguaje callado*, su valor está en razón directa con lo que oculta.

Palabra y silencio entroncan en su origen: en el *lenguaje interior*, ambos son intención. O diálogo, como quería Platón, a quien debemos una bella definición que siempre se recuerda: “El pensamiento es un diálogo silencioso del alma consigo misma; la palabra, un diálogo del alma con los demás”.

Los psicólogos y los moralistas a menudo han convertido al silencio en una cuestión de índole filosófica, refiriéndolo a la meditación y la introspección. Se lo considera como manifestación de un trabajo interior que finaliza en una inhibición voluntaria de la tendencia natural existente en el hombre hacia la expresión de su pensamiento o su acontecer interno.

Para la filosofía, la importancia que puede tener el estudio del silencio

radica en su valoración como actitud espontánea y voluntaria en el curso de la vida de las personas. El silencio rige la vida humana en cuanto es ente productor del pensamiento, de la vitalidad psíquica, de lo que está detrás y en el engendro de la voluntad.

En corroboración de este aserto, con una visión profiláctica aconseja Alberto Casal Castel en su libro *Normas de vida*: “Debe haber una gimnasia del silencio, como existe una gimnasia del cuerpo: para endurecerlo; y una higiene del lenguaje como hay una higiene corporal: para mantenerlo limpio y sonriente”.

Expresa Maragall que hay un sentido de “santidad de la palabra” que hemos perdido, embotados por el hábito del demasiado hablar y el demasiado oír. Si sólo habláramos por un profundo anhelo de expresión, economizaríamos muchas palabras y, por ende, energías. Al respecto, reflexiona Casal Castel: “Si la bestia pudiera comprender, envidiaría al hombre el goce de explicar el hambre y el amor; y si el hombre se detuviera a pensar qué ha hecho de ese precioso bien, a menudo envidiaría a las bestias y se callaría para siempre”.

Muy lejana está la época en que el callar era una virtud suprema. Parecen leyendas orientales narraciones como ésta: Se cuenta que en la antigua Grecia existía una Academia del Silencio, con sólo cien miembros, que se reunían para meditar. Un día llegó un extranjero e indicó su deseo de incorporarse. La respuesta fue sutil: sobre el agua que colmaba un vaso echaron una gota más, con lo que el líquido se derramó. No había lugar para él, según lo entendió el visitante. Y se marchó. Pero ante la sorpresa unánime, retornó a los pocos minutos. Con el vaso repleto, replicó su argumento: en lugar de una gota de agua, depositó delicadamente en la superficie un pétalo de rosa. Flotó éste, y él vio premiado su ingenio y su tino con la aceptación como miembro de la Academia del Silencio.

La importancia del silencio en la vida del hombre ha sido reconocida desde la más remota antigüedad. Tanto, que fue venerado como un dios. De origen egipcio, se lo llamó *Harpocrates*. En Grecia y Roma, su estatua se colocaba en las puertas de los templos para significar que a todos los dioses se los honra con el silencio. Su figura era la de un muchacho con una mitra egipcia o una cesta sobre la cabeza, quien recomendaba callar con un dedo sobre los labios. Le estaban consagrados el loto y el albérrchigo, árbol este último cuyas hojas tienen la forma de una lengua humana.

También existía una deidad femenina, diosa del silencio, en Roma. Sus nombres eran *Lara*, *Muta* o *Tácita* —es decir, “diosa hogareña”, “muda” o “silenciosa”—. Su condición, sin embargo, no tenía un origen ejemplar: nació de un castigo por hablar en demasía, pues Júpiter le había cortado la lengua por haber revelado a la ninfa Yuturno la celada que el padre de los dioses le había tendido para obtenerla...

A través de la historia, el silencio se ha mostrado como rector del

hombre, censor de sus acciones, índice de su sensibilidad, reflejo de su elevación y fuerza espiritual, instrumento de su actuación para dominar o defenderse, refugio de su intimidad e inspiración de su arte. En su profundidad se gestan desde los actos más heroicos hasta los más deleznable, pasando por toda clase de posibilidades.

Goethe dijo que el silencio fue guía de su vida. Indudablemente, en esa "maravilla" —como siempre llama Cervantes al silencio— han de haber obtenido el zumo vital las mejores ideas y las más trascendentes acciones de todos los grandes hombres.

Sin el silencio no sería posible el perfeccionamiento espiritual. El "demonio interior" a que aludía Sócrates es el fermento de la meditación, que dicta lo que ha de expresarse y lo que conviene callar.

El silencio meditativo es hoy un don de que pocos hombres saben gozar. Sin embargo, es fuente de integración y perfección, insustituible por ninguno de los influjos intencionados y estandarizados con que nos acosa la masificadora vida moderna. Aislarse resulta a veces una proeza sobrehumana. En las ciudades, el arte de "escuchar sin oír" se torna un verdadero ejercicio de yoguismo, practicable sólo para ciertos elegidos. Para el resto, la vida se desenvuelve con el ruido y para el ruido: por ello, en los grandes centros ha comenzado la lucha contra la "contaminación del ruido", con el objeto de mejorar las condiciones del habitat humano.

Muy profundo es también el silencio de admiración. Desborda los alcances de la palabra. Es el del arrobamiento, del éxtasis, en que los calificativos y las ponderaciones resultan insuficientes y vacuos. El ¡oh! interno se queda inmóvil, pendiente de la emoción que lo originó, con tal intensidad de comunicación que resulta prácticamente "audible" para las sensibilidades afines.

El silencio admirativo es —dice Oscar Uribe Villegas, en *Sociolingüística*— una de las dos manifestaciones del silencio impotente que, según él, se manifiesta como "silencio de abajo (la imposibilidad de comunicarse con otro) y silencio de arriba (el éxtasis, el delirio, lo inexpresable)".

También está el silencio de sufrimiento, como el que expresó Moctezuma cuando, abatido, oyó las noticias de sus informantes —según se narra en *Visión de los vencidos*.

Como medio de acción el silencio tiene un relevante historial. Se cuenta que el anciano y virtuoso Flavio fue a Roma para implorar al irritado emperador piedad para los habitantes de Antioquía. En el palacio, frente al soberano, no recurrió al discurso de súplica: humildemente arrodillado, permaneció inmóvil y silencioso, mientras las lágrimas corrían por su rostro hasta mojar las ricas alfombras. El emperador, conmovido por la presencia y el aspecto de aquel hombre a quien todos respetaban, llegó hasta él, lo levantó y lo invitó a hablar. Pero, ¿acaso necesitaba hacerlo quien ya mudamente tenía concedido el perdón...?

En la heroica época de los mártires cristianos, decía Lactancio: “Nuestros hombres, niños y mujeres, callando vencen a sus verdugos”.

En su obra *La república del silencio*, Jean-Paul Sartre expresa, al referirse a los días en que “París estaba poblado de ausentes”, dirigiéndose a los países que permanecieron libres: “. . . será preciso que ustedes aprendan a comprender nuestra voz y a percibir, más allá de las palabras, cuanto sólo puede sugerirse, cuanto puede significar un gesto o un silencio”.

La política es una actividad que muy bien conoce la importancia del silencio. En la vida pública, él es aliado de buenos y malos trances. Refiriéndose a quienes callan su vaciedad, decía Erasmo: “Silencio, gran escudo”. Pero también se sirven de él los que pretenden dominar, pues saben que “el mucho hablar y lo huerro de las palabras es siempre fuente de desprestigio”. Napoleón da fe de esto.

Arma poderosa, de varios filos, el silencio se esgrime constantemente en la política moderna: los “discursos mudos” de los discípulos de Gandhi, las elocuentes “marchas del silencio”, la “abstención” en las votaciones orales, el “silencio diplomático” con que se enfrentan ciertos hechos, el “ignorar las cosas” que utilizan algunos funcionarios con determinados fines, son expresiones vivas de la ductilidad que acompaña a su fuerza. Los gobiernos que callan ante los clamores, las acusaciones o los interrogantes que el pueblo plantea, actúan de manera autoritaria, prescindente o desaprensiva, a menudo con más fuerza que puntualizando con palabras su negativa.

Un ejemplo significativo del papel del silencio en la política es el siguiente, muy actual: en un país sudamericano se anunció la reciente abolición de la “ley mordaza”, implantada en 1957. ¿En qué consistía esa ley? Fue realmente “silenciadora”, porque suprimió el derecho de respuesta para las personas aludidas en artículos, reportajes, noticias o anuncios de periódicos, radioemisoras o cualquier otro medio informativo.

En la oratoria hay maestros en el arte de callar. Sabemos que en más de una ocasión Benjamín Disraeli elevó a táctica parlamentaria su talento para manejar el silencio. Sagasta utilizaba con tal maestría los silencios en sus discursos políticos que electrizaba con ellos a partidarios y opositores. Pero quien se hizo más famoso por la calidad de sus silencios fue el mariscal Moltke, considerado como un estratega de la palabra, que “sabía callar en siete idiomas” . . .

Sin embargo, no sólo hay silencio cuando se calla: también lo hay cuando se habla y no se dice lo debido, lo que permanece escondido detrás de los sonidos y los gestos. Al respecto, en un artículo titulado “Silencio eclesiástico”, Vicente Leñero dice que —en relación con determinada situación— “hasta hoy sólo existe el silencio de los lugares comunes, de las frases evasivas y de la retórica piadosa”.

Entre los pueblos indígenas, el silencio tiene un profundo valor expresivo y comunicante, especialmente en lo que se refiere a los antiguos

ritos. Un ejemplo típico aparece en la siguiente descripción que hace Sara Moiron sobre costumbres de nativos mexicanos: “Durante la Cuaresma, los indígenas mayos realizan peregrinaciones cuyos orígenes se pierden en la historia. Con las piernas casi cubiertas por cascabeles, los rostros tapados con máscaras que semejan animales y portando en la cintura incontables carricitos, durante cuarenta días van de un lugar a otro, atraviesan pueblos y poblados, siempre en silencio. Están cumpliendo una manda y su principal condición es la de que no deben hablar. Ni una sola palabra, durante cuarenta días. La tradición establece también que quienes reciben su visita deben proporcionarles agua y comida, sin regateos”.

K. H. Basso llega a interesantes conclusiones en su estudio sobre el silencio en la cultura apache occidental —en la zona este central de Arizona— titulado “Desistir de las palabras”, cuya versión apareció en la *Revista de antropología del sudeste*, otoño 1970. El epígrafe es un dicho anónimo muy significativo:

“Que un hombre esté silencioso no significa que no diga nada”.

El autor expresa que cualquiera que haya leído acerca de los indios norteamericanos probablemente ha encontrado aseveraciones que les atribuyen una marcada predilección por permanecer callados o, como dice un escritor, “. . .una renuencia feroz a hablar, excepto cuando es absolutamente necesario”. En la literatura popular, tal costumbre se atribuye a causas tan dudosas como la “dignidad instintiva”, “un lenguaje empobrecido” o —quizá lo peor de todo— la “ausencia de cordialidad personal” de los indios. Aunque aseveraciones de esta índole son completamente erróneas y peligrosamente engañosas —prosigue Basso—, es digno de notarse que los antropólogos profesionales han hecho escasos intentos para corregirlas. Tradicionalmente, etnólogos y lingüistas han prestado poca atención a las interpretaciones culturales sobre el silencio, así como a los tipos de estructuras sociales en las que se da regularmente el silencio.

El trabajo que comentamos analiza situaciones que no son las únicas en las cuales el apache se abstiene de hablar. Hay una segunda serie en la que el silencio se presenta como un gesto de respeto, generalmente a personas que tienen una posición de autoridad. Y una tercera serie se refiere a los brujos y hechiceros, quienes deben guardar silencio en determinados momentos durante la preparación de los atavíos ceremoniales.

Las conclusiones del estudio son: 1) En la cultura apache, la ausencia de comunicación verbal se asocia a situaciones sociales en las cuales el *status* de los participantes no es claro. (A los extraños que inician conversaciones rápidamente se los ve con desconfianza: se piensa que quieren algo o están borrachos. El galanteo es otro ejemplo de uso del silencio como medio de comunicación, que va cediendo paso gradualmente

a las conversaciones a medida que los novios se conocen y se tratan más). 2) En estas condiciones de desconocimiento, las expectativas de papeles fijos pierden su aplicabilidad y se desvanece el concepto de predicabilidad en la interacción social. 3) Para resumir y reiterar: guardar silencio entre los apaches es una respuesta a la incertidumbre y la impredecibilidad en las relaciones sociales.

Según el autor, los logros alcanzados en esta investigación sugieren que las situaciones sociales en las cuales los apaches se abstienen de hablar son paralelas a aquellas en que los miembros de otras tribus de Arizona —especialmente los navajos y papagos— exhiben una conducta similar. Afirma, además, que las determinantes situacionales del silencio merecen más estudio. Y que, así como se obtiene información sobre los tipos de variables situacionales que disminuyen el uso de códigos verbales, también deberíamos aprender más sobre las variables que lo estimulan y promueven.

Los indios norteamericanos desarrollaron un sistema de señales muy particular, según se desprende de la obra *Universal indian sign language*, de W. Tamkis. A pesar de las diferencias lingüísticas entre las diversas tribus, podían sostener conversaciones muy complicadas acerca de los más variados temas. Más tarde, este lenguaje silencioso, basado en señales, fue adoptado por los Niños Exploradores para que los miembros de grupos provenientes de distintos países pudieran comunicarse entre sí en las reuniones internacionales.

La comunicación mediante señales en lugar de palabras es usada no sólo por los sordomudos, sino también por una variedad de personas de diferentes ocupaciones, como cazadores, soldados, deportistas y directores de orquesta. La sistematización del lenguaje por medio de señales se basa en acuerdos previos y son simples sustitutos de la palabra hablada, que en este caso está trasformada en silencio.

El arte siempre ha encontrado en el silencio una fuente, un medio de expresión y una meta de perfeccionamiento. Arte y silencio son viejos compañeros esenciales, de todos los tiempos.

En su libro *Octavio Paz: el sentido de la palabra*, Ramón Xirau hace una magistral interpretación del silencio poético. Se suceden allí las reflexiones como éstas: "...el lenguaje poético empieza precisamente donde los demás lenguajes se callan. La palabra ha vivido envuelta en silencio desde que se creyó en ella como fundamento. Cuando Heráclito decía que no era él quien hablaba sino el Logos a través de él, afirmaba la distancia entre el decir humano y el ser hablado por la palabra, a la vez humano y ultrahumano. Cualquier palabra es una aproximación. ¿Quién la dice? El poeta. ¿Quién hace que el poeta la diga? Para Heráclito, el Logos. Para Octavio Paz, el lenguaje que nos preside rodeado de silencios, es decir, de distancias y cercanías."

Como personaje, el silencio tiene una trayectoria literaria cuyo origen se pierde en la lejanía.

En el teatro indudablemente el silencio es rey de la expresividad. En una tragedia de Eurípides, el protagonista —Hércules—, enloquecido por una diosa, ha matado a sus hijos. Cuando recobra el juicio, sólo atina a cubrirse la cabeza con las manos ensangrentadas y arrojarse al suelo. Allí permanece mudo, inmóvil, en medio de los inútiles consuelos de sus amigos. ¿Qué palabras hubieran podido expresar su horrenda desesperación...? Cosa similar ocurre en patéticas escenas de Shakespeare, Corneille y otros dramaturgos.

Pero donde el silencio adquiere asombrosa dimensión es en la pantomima. En este arte de gestos —lenguaje universal— el público entiende lo que el actor calla porque lo lee en su profundo sentir. Actor y espectador hacen a medias la obra. Esta participación en el arte, este “meter-nos” en la humanidad del artista que nos contagia su don mágico, explican el arraigo de nuestro inolvidable Chaplin, de los mimos Pradel y Marceau. Este último expresa: “El mundo de hoy exige más que nunca algún medio de comunicación accesible a todos. La pantomima es un arte universal que vence los obstáculos del lenguaje y habla a gente de todas las edades, clases y nacionalidades. Matiza y refleja nuestros sueños y desilusiones más íntimos. Se basa en el tema más interesante del mundo: nosotros mismos”.

“El teatro del silencio es tan antiguo como la humanidad”, afirma el autor salvadoreño Álvaro Menén Desleal, que ha escrito numerosos mimodramas. Explica: “Este teatro cuestiona al teatro convencional —o de palabras—, haciendo de él un género puramente literario. El teatro del silencio no es literatura: es teatro. Suprime la palabra o la utiliza en niveles mínimos, o bien la sustituye por sonidos elementales: por un lenguaje onomatopéyico”.

La presencia del silencio en la poesía siempre ha sido majestuosa, dominante.

Sobre su consustancialidad con el hombre, dice Francisco Villaespesa:

“Oye la voz del silencio
porque es la voz de tu alma”...

Octavio Paz lo corrobora, y agrega una inquietud:

“El hombre está habitado de silencio y vacío.
¿Cómo saciar esta hambre,
cómo acallar este silencio y poblar su vacío?
¿cómo escapar a mi imagen?”

Pablo Neruda encuentra en el silencio el más directo y sencillo medio para comunicarse con la amada:

“Déjame que me calle con el silencio tuyo.
Déjame que te hable también con tu silencio,
claro como una lámpara, simple como un anillo.”

León Felipe, en su madura obra *Oh, este viejo y roto violín*, exalta su veneración por el más sublime medio expresivo:

“¡Apagad las campanas!
 ¡Silencio!... ¡Silencio!...
 Ante la muerte sólo vale el silencio...
 ¡Shist...! ¡Silencio...!”

También, plasmado por los novelistas, el silencio cumple verdaderos prodigios de comunicación profunda.

Sugestiva descripción hace Carlos Fuentes en este pasaje de *Las buenas conciencias*:

“Al niño, con los ojos absortos en la figura crucificada, le era imposible reducir el sentimiento a sentencia. Toda palabra hubiese significado la fijación de algo que, sobre todo, entendía como un flujo avasallador y cálido.”

Miguel Ángel Asturias materializa así al silencio, en *Leyendas de Guatemala*:

“Una mujer llora delante de la Virgen. Su sollozo en un hilo lo va cortando el silencio.”

En *La palabra sagrada*, José Revueltas introduce al silencio como personaje, en una escena tensa:

“Se le llamará al Consejo del Instituto”, exclamó. Se hizo un silencio enmarañado y confuso, en tanto Mendizábal se retiraba arrastrando los pies, sumamente vencido y ausente.”

Gabriel García Márquez usa abundantemente del silencio en *Cien años de soledad*. He aquí unos ejemplos:

“Para la gente de Macondo era una distracción reciente recorrer las húmedas e interminables avenidas bordeadas de bananos, donde el silencio parecía llevado de otra parte, todavía sin usar, y era por eso tan torpe para transmitir la voz.”

“Oyó desde la cama el llanto de Úrsula, los pasos y murmullos de la multitud que invadió su casa, los aullidos de las plañideras y luego un hondo silencio oloroso a flores pisoteadas.”

También el peruano Mario Vargas Llosa usa magistralmente la presencia del silencio. Este fragmento es de “El hermano mayor”, un cuento de *Los jefes*:

“Una sábana negra los envolvió y, en la oscuridad, el desamparo de esa solitaria región sin árboles ni hombres, era visible sólo en el silencio, que se fue acentuando hasta convertirse en una presencia semicorpórea.”

En la selva, como en el desierto, el silencio forma la parte esencial del ambiente. Así lo advertimos en estas líneas de “El regreso de Anaconda”, del gran cuentista Horacio Quiroga:

“Y cuando, al caer el crepúsculo en las horas mansas, Anaconda bañaba en el río de fuego sus diez metros de oscuro terciopelo el silencio circundábala como un halo.”

Pero si hemos de citar un caso típico en que el silencio encarna la parte más entrañable de una realidad monstruosa y mágica a la vez, en que palpita frenéticamente en los hombres y en las cosas, éste no puede ser otro que el ejemplar *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. Abundan allí los pasajes como éste:

“...sentí que el pueblo vivía. Y que si yo escuchaba solamente el silencio era porque aún no estaba acostumbrado al silencio; tal vez porque mi cabeza venía llena de ruidos y de voces. De voces, sí. Y aquí donde el aire era escaso, se oían mejor. Se quedaban dentro de uno, pesadas. Me acordé de lo que me había dicho mi madre: «Allá me oirás mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos que la de mi muerte, si es que alguna vez la muerte ha tenido voz»”.

“No, no era posible calcular la hondura del silencio que produjo aquel grito. Como si la tierra se hubiera vaciado de su aire. Ningún sonido; ni del resuello, ni del latir del corazón; como si se detuviera el mismo ruido de la conciencia.”

El silencio, ese ser multifacético que desde su infinito reinado cósmico nutre los más trascendentales actos humanos, siempre sabe cómo llegar a los hombres y entregarles su mensaje. Porque —como dice Sor Juana Inés de la Cruz— “está poblado de voces”.

Y ya en la intimidad, “en los rincones más delicados del alma humana —según lo siente Ángel Majorana— es el silencio capaz de conquistar la admiración de todos los escritores que, como Carlyle y Maeterlinck, han procurado revelar su recóndita belleza”.

En este elemental esbozo referido a algunos de los innumerables casos de presencia del silencio como factor expresivo o actuante, hemos establecido la vigencia que conserva a través de los tiempos y de las circunstancias históricas, sociales, políticas, artísticas e individuales en que se desenvuelve el hombre. Mucho queda aún por decir sobre su papel en otras actividades que integran el amplio universo humano.